

Ondas do Douro

João juega cerca de la orilla del mar. Ataviado con una pala de juguete y un pequeño cubo de plástico sueña con desenterrar algún tesoro perdido. Su padre observa al pequeño con profusa devoción paternal. A su espalda se extiende la playa, jalonada de rocas y rematada en su extremo meridional por el imponente *Castelo do Queijo*. Oculto tras la figura del castillo, el *Douro* vierte sus doradas aguas en el azul océano. El pequeño prosigue con su enérgica y tenaz actividad prospectora, hasta que el filo de la pala hace mella en un objeto que se encuentra enterrado. João busca la aprobación de su progenitor, quien despistado persigue con su mirada el sutil planeo de las gaviotas sobre las enormes olas que rompen con fiereza en la orilla. Tras unos instantes de meditación, se dirige hacia el pequeño e intenta ayudarlo a extraer el objeto. Se trata de un recipiente de aluminio sellado en su parte superior. El hombre intenta retirar cuidadosamente la tapa. Finalmente logra su objetivo, para apartando esta introducir su antebrazo y hurgar en el interior. De él extrae con precaución una vieja postal humedecida. En ella, se aprecia la silueta de un castillo que se alza en una colina por encima de un robusto puente de piedra situado en primer plano. Sobre este circula un pequeño automóvil de color rojo. En el ribete de la fotografía se aprecian con dificultad unas gráficas desvanecidas por el paso del tiempo y la humedad.

Asombrado ante el inesperado hallazgo, levanta la imagen, para superponerla sobre el castillo que se advierte en lontananza y dejar volar su imaginación.

Gira su cabeza y mira al horizonte pergeñando posibles remitentes. Quizás haya llegado del otro lado del océano, piensa. Se imagina a algún niño lanzando el objeto al mar con la firme esperanza de que algún día, alguien en el extremo opuesto del planeta sea capaz de encontrarlo.

A lo lejos, la frágil silueta de un barco de carga le hace pensar en la posibilidad de que el objeto pueda haberse caído involuntariamente por la borda desde alguno de los miles de buques que diariamente surcan aquellas aguas.

Sin embargo, y estudiando las características de la fotografía cree más factible que su origen se encuentre en su propio continente. Las fuertes corrientes reinantes han podido arrastrar el recipiente y depositarlo en la arena. Quizás, su lugar de procedencia se sitúe lejos, en las verdes tierras del norte de Europa, o en lugares más cercanos a la costa, en la propia península ibérica.

Dos amenazantes nubes negras cubren casi al instante el estrecho claro por el que hasta el momento se filtraban los rayos de sol. El hombre recoge el recipiente y lo introduce en su bolsa de playa junto con la pala y el cubo de João, para a continuación, encaminarse hacia el punto de salida de la playa.

La noche ha caído sobre la ciudad y sus luces se reflejan sobre las oscuras aguas del río. Desde la galería acristalada de su vivienda en Vilanova de Gaia, João puede apreciar claramente las pequeñas embarcaciones repletas de turistas que se deslizan grácilmente aguas arriba y abajo. Su padre, se encuentra ensimismado, analizando la misteriosa postal, que se encuentra colgada, secando, sobre uno de los radiadores que calientan la estancia en los largos y húmedos meses invernales. Trata de descifrar el enigma que encierra aquel recipiente. El puente, el castillo, un vehículo y un par de letras que se conservan intactas como punto y final de una borrosa frase en el pie de la fotografía y que parecen hacer alusión directa a su localización. Una A y una Z, difícilmente perceptibles para alguien que no cuente con una extraordinaria visión. La primera y última letra del alfabeto, el alfa y omega, el origen y el final de todo, el Apocalipsis... Pero cual es el origen, se pregunta el hombre, y cual el fin de tal enigma. Ha buscado hasta la saciedad en su ordenador imágenes de castillos por todo el litoral portugués y parte de la costa gallega sin encontrar ninguna que pueda corresponder con el fotografiado. Desalentado, manosea el recipiente intentando localizar alguna pista que le permita desentramar el acertijo. Nada. Tras encender un pequeño aparato de radio, se incorpora, para acercarse a la galería acuartelada, donde se encuentra su hijo. Este, aporrea arrítmicamente los cristales como tratando de apagar las luces de la orilla opuesta. El hombre sigue instintivamente con mirada desinteresada el curso del río en su sentido descendente, deteniéndose para contemplar la soberbia estructura del Puente de Don Luis I. Bajo este, una embarcación surca las aguas buscando la desembocadura y el punto final del recorrido del río, el ansiado omega para las aguas, que, tras un largo viaje, verterán su caudal en el vasto océano. Abrumado ante este último pensamiento, recoge aceleradamente la postal, para sosteniéndola con su mano derecha superponerla sobre la silueta del puente de Don Luis. El viejo puente de piedra, poco o nada se asemeja a la moderna estructura. Sin embargo, las verdes aguas que discurren bajo los ojos del puente

de la fotografía adquieren un cariz familiar para el hombre. Piensa abrumado, que quizás el desconocido remitente esté más conectado con él de lo que en un principio creía. Los melancólicos acordes de *Ondas do Douro* emanan del pequeño aparato de radio inundando la estancia.

Juana aguarda impaciente a que su padre termine de construir un pequeño barco de papel a partir de una hoja deportiva, en cuya parte superior figura impresa la fecha del año mil novecientos setenta. Una vez ha completado con éxito su labor, el hombre hace entrega a la niña del navío, para que esta efectúe su frugal botadura. El barco aterriza oscilante sobre las apacibles aguas del río. La pequeña observa entusiasmada la derrota del objeto que la débil corriente empuja suavemente junto con varias hojas caídas de los árboles que adornan la ribera. Después de unos instantes, en los que está a punto de zozobrar, el barquito se pierde de vista tras un azud cercano.

- Papá, ¿dónde llegará el barquito?- pregunta intrigada Juana.
- Al mar hija, al mar – responde orgulloso el padre.
- ¿Podremos ir a verlo algún día? - continua la pequeña.
- Está demasiado lejos – espeta el hombre mientras abraza a la niña - en un país extranjero.

Juana intenta visualizar el largo recorrido, atravesando verdes valles, fértiles llanuras cubiertas de trigo y vid, y profundas gargantas, discurriendo bajo puentes de diversos tamaños, formas, y estilos, deslizándose por altas presas, evitando acequias y visitando un sinfín de pueblos y ciudades que emergen orgullosas en la orilla del río, para morir exhausto en el inmenso océano. Cierra sus ojos y cree sentir la humedad de la espuma del mar en sus mejillas. Resuenan en sus oídos los rugidos de las olas al romper en la orilla, y en su nariz percibe un intenso olor a salitre y ocle. El repentino estruendo generado por las campanas de las iglesias románicas de San Miguel y de Nuestra Señora del Rivero compitiendo por la audiencia en la misa de tarde, hacen que los pensamientos de Juana se desvanezcan en los reflejos del río. Agarra afable la mano de su padre para encaminarse ambos hacia el extremo del puente que permite el acceso a la población. Mientras tanto, a sus espaldas el pequeño barco se sumerge en las turbias aguas para convertirse en pasto de los peces.

Con su dedo índice, el hombre recorre el curso del río en sentido ascendente, deslizando suavemente la yema por la acharolada página de un atlas geográfico, a la búsqueda de alguna señal que le permita identificar la fotografía. En sus primeros kilómetros el curso del río es demasiado amplio, y se hace difícil encontrar una ubicación que pueda tener carácter coincidente con la imagen. Poco a poco, la línea azul que representa al río se estrecha, de igual forma que lo hacen las líneas altimétricas en su ribera, indicando que estas se vuelven más abruptas, para convertirse en profundas gargantas a medida que avanza en su ficticio viaje, característica que hace que los puentes que las atraviesan sean demasiado elevados. Hasta el momento no ha encontrado ningún topónimo que pueda coincidir con la pareja de letras milagrosamente rescatadas. Sigue ensimismado y parece por un instante que su dedo sea arrastrado por una corriente ascendente, cuyo movimiento únicamente se detiene cuando encuentra en su camino un par de corchetes invertidos, símbolo que se identifica con un puente en los mapas cartográficos. Cada vez que esto sucede, comprueba con minuciosidad la existencia en las cercanías de algún núcleo de población que pueda arrojar luz en el asunto. Sin éxito, continua una y otra vez remontando el curso del río hasta que repentinamente, unas cruces aparecen impresas en el centro del cauce, acompañando el trayecto del río durante varios kilómetros, para perderse definitivamente una vez que el río adquiere un nuevo nombre en el mapa: Duero. En ese punto los diversos colores de las cotas altimétricas se difuminan para fundirse en un mortecino sepia. Avanza a la página siguiente, y los colores vuelven a adornar el curso del río, situándose ahora ya en el país vecino. Entonces el hombre recuerda las dos letras AZ, el alfa y omega, y de forma instintiva a la vez que curiosa busca en el mapa, raudo, el nacimiento del río. Piensa que quizás de esta manera, su búsqueda pueda hacerse más amena, o incluso que la suerte pueda jugar a su favor. Aunque la tarea de localizar el nacimiento del río le lleva algo más de tiempo de lo empleado hasta el momento, consigue finalmente situarse en la pequeña fuente de la que emanan las entonces débiles y gélidas aguas en la lejanía de los Picos de Urbión. Impresionado recorre visualmente la longitud de sus casi novecientos kilómetros desde su desembocadura hasta su nacimiento. Nunca había imaginado que algo tan familiar para él pudiese tener una historia tan extensa.

Intenta imaginarse recorriendo el largo trayecto desde la desembocadura, atravesando verdes valles, fértiles llanuras cubiertas de trigo y vid, y profundas gargantas, discurriendo bajo puentes de diversos tamaños, formas, y estilos, deslizándose por altas presas, evitando acequias y visitando un sinfín de pueblos y ciudades que emergen orgullosas en las orillas del río, para finalmente llegar al punto de partida, el comienzo de tan fantástica aventura.

Cierra sus ojos y cree sentir el aire frío impulsado por unas fuertes rachas de viento en sus mejillas. Resuenan en sus oídos los ecos del agua al deslizarse por cascadas y torrentes, y en su nariz percibe un intenso olor a líquen y pino.

Juana se detiene un instante en su camino, a un lado de la estrecha carretera. A su espalda un rosario de cruces se entrevé sobrepasando la pequeña tapia del camposanto municipal. Allí reposan los restos de su marido, el cual, tras meses de intensa lucha contra el coronavirus, perdió definitivamente la batalla. Juana se seca el sudor de la frente y se coloca la mascarilla quirúrgica para proseguir su ruta. Al fondo la silueta de un castillo se recorta en el cielo azul de aquella mañana de primavera, transmitiéndole su visión una sensación de tremenda soledad. Una imagen que cada día que pasa se convierte en una losa para la mujer, y que le hace recordar los momentos de sufrimiento, angustia y dolor que recientemente le han tocado vivir. Nunca en su vida se ha separado de aquel castillo, y ahora siente la imperiosa necesidad de alejarse de él, igual que lo hacen las escasas nubes que empujadas con virulencia por el viento se pierden en el horizonte. Desde dónde se encuentra puede apreciar los reflejos de estas al pasar sobre las cristalinas aguas de un remanso del río adornado con juncos. Esa imagen le evoca tiernos momentos de su niñez, cuando en los tórridos días veraniegos todos los chiquillos del pueblo sofocaban su calor en aquel lugar. La quietud de sus aguas soliviantada repentinamente por una garceta, le trae recuerdos de sueños incumplidos y esperanzas rotas. En su memoria se dibuja aquel barquito de papel que arrastrado por la corriente fue engullido sin contemplación por la corriente. Y también el día en que su padre le entregó una postal que había adquirido en una gasolinera cercana. Y como con la inocencia de una cría de ocho años, había escrito en el dorso de la postal un mensaje, y la había introducido en un viejo recipiente de aluminio que su madre utilizaba para

almacenar el café, para a continuación atravesar la villa y una vez llegado a la zona del puente, bajo el cual el río discurría con inusual fuerza debido a las copiosas lluvias de los días anteriores, lanzar con todas sus fuerzas el recipiente y detenerse a contemplar como el turbio caudal zarandea el pequeño objeto.

João se encuentra en el salón intentando dibujar sin éxito un oso de peluche en un trozo de papel. Su padre hace unas profundas marcas con un viejo bolígrafo en el cartón en el cual se apoya para enseñarle cómo puede lograr su objetivo deslizándolo sutilmente un lápiz, y que de esta manera las marcas se sobrescriban en la hoja de papel superpuesta. Intenta entonces hacer lo mismo utilizando el dorso de la vieja postal, y para su grata sorpresa un ignoto mensaje surge ante sus ojos como por arte de magia.

- Querido mar. Algún día... – lee el hombre balbuceando cada sílaba.

El resto son una serie de caracteres que aparentemente no adquieren ningún sentido. Ilusionado se abalanza sobre su ordenador personal y comienza a buscar aquel mensaje en idioma extranjero. Su increíble hallazgo corrobora todas sus sospechas, se trata de un mensaje en español. En el pie de la postal también aparece un nombre, Juana H.

A continuación, retoma su investigación en el punto geográfico donde la había dejado descendiendo por la vertiginosa cuenca del río desde su nacimiento, entre frondosos bosques de pino, atravesando la sierra soriana para discurrir junta a pequeñas poblaciones, Duruelo, Vinuesa, Hinojosa y llegar a la capital y ciudad más poblada de la provincia. Utilizando la aplicación que permite visualizar la zona desde su ordenador, se para un momento a contemplar el majestuoso puente medieval, sin obtener el ansiado resultado. Sigue río abajo y por fin se detiene en un topónimo coincidente con la sílaba rescatada: Gormaz. Hace clic sobre el mapa y estudia la imagen que se muestra en su pantalla. Un imponente castillo se alza en una colina cercana, pero no hay rastro de la villa situada a sus pies desde el puente de piedra que cruza el río. Extenuado, piensa impotente que su infructuosa búsqueda no le permite atar ningún cabo. Sitúa su ratón sobre la ubicación del castillo que aparece en el mapa y contempla admirado las inmejorables vistas desde este. Entonces una villa aparece descolgándose de forma escalonada bajo las laderas del castillo y al fondo un

río forma un meandro con una pequeña isla cubierta de álamos. Sobre esta, se alza un gran puente de piedra con arcos de medio punto. Reconoce de forma inmediata el paraje tantas veces estudiado, y entonces cae en la cuenta que fruto del azar su ratón se ha desplazado hasta una pequeña población también denominada Gormaz, pero con distinto nombre propio, San Esteban.

Admirado, contempla el majestuoso puente medieval que con sus dieciséis ojos le ha permitido el tránsito y acceso a la villa. Tras girarse y darle la mano al pequeño João, se encamina hacia la población pasando bajo el escudo con las armas de Don Diego Y López Pacheco el Grande, que adorna la antigua puerta de acceso. Una vez en la Plaza Mayor, se encamina a un pequeño local de alimentación que se encuentra en la zona porticada de la misma. Sin saber muy bien por dónde empezar y con sus escasos conocimientos de español, saluda de manera forzada a la dependienta y le muestra la postal. Esta, sonríe y pregunta;

- Es una postal antigua de San Esteban muy bonita. ¿Qué desea?
- Busco a Juana H.

En ese momento una mujer de edad avanzada entra en la tienda, y al escuchar el nombre requerido responde al hombre;

- Pobre Juanita, hace mucho tiempo que no la veo. Desde que perdió a su marido apenas sale de casa, únicamente para ir al cementerio.

El hombre intenta comunicarse de manera infructuosa para preguntar dónde puede encontrarla. La mujer tras unos momentos de perplejidad, cree entender lo que este intenta decirle, y tras salir a la plaza le señala la dirección exacta donde vive Juana. Este, emocionado abandona la plaza arrastrando a João, para perderse tras una esquina, por la empedrada calle Mayor.

El hombre conduce el coche mientras contempla en el retrovisor, como el castillo de San Esteban de Gormaz se hace cada vez más pequeño a medida que el vehículo avanza sobre la estructura del puente que permite cruzar el ancho río. Sentada en el asiento del copiloto, Juana observa emocionada la parte posterior

de la postal que sostiene entre sus manos, mientras lee la frase que ella misma ha completado aquella misma tarde a partir de recuerdos ancestrales y rescatando primitivos trazos; "Querido mar. Algún día te visitaré siguiendo este mágico río. Juana H". Mientras tanto el hombre activa el dispositivo que permite escuchar su teléfono móvil por el sistema de audio del vehículo. Juana mira embriagada los reflejos que los rayos de sol forman en los remansos del río, que parecen brillar rítmicamente al compás de la música. Aquel río, que ha portado de forma milagrosa todas sus ilusiones y actuado como nexo de unión entre dos personas y dos mundos tan distintos, pero a la vez tan cercanos.

*Linda donzela vem à janela que a tuna passa
Ouve este canto que o teu encanto enche de graça
Olha p'ra lua que noite é tua e o trovador
Enamorado canta enlevado trovas de amor.*

*São teus cabelos ondas que o Douro leva p'ró mar
Lento embalo de melodia que faz sonhar ...*